

Iñaki Zubeldia
Estibalitz Jalón


Las historias de la abuela
CATALINA



Hace mucho tiempo, en un prado de la montaña,
vivía una vieja cigarra.
Se llamaba Catalina y era muy charlatana.

Todos los días le contaba a sus vecinos historias antiguas
que a ella le había contado su abuela.

Una vez, Catalina les contó a sus vecinos
la historia de la mariquita:

The illustration depicts a lush green meadow. On the left, a vintage gramophone with a large, flared horn sits on the grass, surrounded by several vinyl records. A faint, dotted path leads from the gramophone towards the right. On the right side of the image, a large, dark green grasshopper is curled up on the grass, its body appearing to be a nest or a shelter. A small, red ladybug with black spots is crawling nearby. In the upper right corner, a strawberry plant with several ripe red strawberries and green leaves is visible. The overall scene is peaceful and naturalistic.

«Hace mucho tiempo, la mariquita era un pequeño insecto,
con forma de iglú. Sus alas no tenían color, eran casi transparentes.
Un día, una de ellas encontró fresas en un prado.
Estuvo comiendo, sin parar, hasta llenar la tripa y adormecerse.
Al cabo de tres días despertó y se dió cuenta de que sus alas
eran de color rojo intenso, adornadas con puntitos negros.



Las otras mariquitas, al ver aquel hermoso color, sintieron envidia, y se pusieron a comer fresas hasta llenar bien su panza. Y se durmieron. Al despertarse, también ellas tenían el color rojo intenso de las fresas en sus alas y los mismos puntitos negros. Desde entonces, las mariquitas tienen esos colores, y son más bonitas que antes. Por eso a los niños les gusta mucho jugar con ellas.»



Todos los bichitos escucharon con la boca abierta el cuento de las mariquitas y dieron un caluroso aplauso a la cigarra cuando acabó.

Todos, excepto Machín el patilargo.



–¿Por qué no cuentas un cuento sobre nosotros los patilargos?

–le reprendió.

–¡Porque vosotros no tenéis historias como para contar!

–Pues... algún día, tendrás que contar nuestra historia –afirmó.

El resto de los animales le miraron con compasión.
Era muy torpe y desgarbado, y no tenía nada
que resultara llamativo para los demás.

A la mañana siguiente, los insectos se reunieron
a la sombra de un haya, y Catalina les contó
el cuento de la mariposa.



«Lo que voy a contar es la triste historia de una mariposa. Tenía las alas de color gris ceniza y caminaba con cara triste, porque no era tan bonita como las demás mariposas.

Un día, mientras volaba, encontró flores vestidas de hermosos colores. Se posó sobre ellas y, emocionada por tal belleza, se le escaparon las lágrimas.





Sus lágrimas cayeron sobre las flores y, cuando la mariposa descansó en ellas sus alas se impregnaron de los colores de los pétalos, y absorbieron los tonos más sorprendentes que jamás había tenido una mariposa.

Cuando volvió junto a los otros insectos, tampoco ellos pudieron esconder su asombro:
—¡Ooooh! —exclamaron, aturdidos.

Ahora, la mariposa era la más hermosa del prado, y, quizás también la más hermosa del mundo.»





De nuevo se escucharon los aplausos agradecidos de los insectos.

Pero también la queja de Machín, el patilargo.

—¿Cuándo vas a hablar de los patilargos?

La vieja cigarra ni le miró, y se retiró a descansar. Pero el grillo continuó con la fiesta tocando alegres melodías con su violín.



Entonces, el patilargo vio a la aplicada hormiga, que estaba recogiendo granos de trigo y caminaba hacia el hormiguero. Machín sintió hambre y se puso a buscar la hierbas más sabrosas para comer.

Encontró una planta verde, y se la comió creyendo que era la hierba más sabrosa de la montaña.

Pero lo que comió no era una hierba, sino un muelle de color verde que alguien había perdido en el monte.



En cuanto lo tragó, Machín comenzó a dar unos saltos tremendos.

A los demás bichitos les pareció que con aquellos enormes saltos podría ir de un monte a otro.

Y a partir de entonces, le llamaron saltamontes.

Al saber lo que era capaz de hacer Machín, sus parientes le pidieron consejo para ser como él. Pocos días después, ellos también empezaron a dar brincos. Se habían dado cuenta de que sus largas patas no eran para llevarlas arrastras, sino para dar saltos.

Los demás insectos del prado, al verlos andar de aquella forma tan divertida, al principio rieron a gusto, pero enseguida les reconcomió la envidia viendo a los saltamontes.

Cuando se celebraron los Juegos Olímpicos de los insectos, aquellos patilargos vencieron en todas las pruebas de salto.

Ahora todos admiraban a los saltamontes.



Catalina pidió perdón al patilargo y lo invitó a la siguiente reunión, en la que contó a los pequeños bichitos del prado la historia del saltamontes.

Desde entonces, esta historia se escuchó una y mil veces, y es así como, de boca en boca, ha llegado hasta nosotros.



Las historias de la abuela Katalina –Katalina kontalari en el original–
fue premiado en el año 2009
con la III Beca Etxepare al mejor proyecto para la creación
de un álbum infantil en euskera.



Título original: *Katalina kontalari*, 2009

- © de la edición original: Editorial Pamiela, 2010
 - © del texto: Iñaki Zubeldia, 2009
 - © de las ilustraciones: Estibalitz Jalón, 2009
 - © de la traducción: Seve Calleja, 2009
 - © de esta edición: K. E. A., 2010
- Avión Cuatro Vientos, 7 - 41013 Sevilla
Telefax: 954 095 558
faktoria@faktoriakdelibros.com
www.faktoriakdelibros.com

Faktoria K de libros es un sello editorial de Kalandraka

Impreso en Gráficas Anduriña, Pontevedra

Primera edición: marzo, 2010

ISBN: 978-84-92608-26-3

DL: SE 684-2010

Reservados todos los derechos